

rebatar objetos gratuitos, el robo no hubiera nacido; y con el robo, el asesinato, la mentira y los vicios que tienen su origen en la codicia, no hubieran aparecido sobre a Tierra.

Siendo todo solidario en la naturaleza, nuestro régimen, material por una parte, no podía ser espiritual por otra; y mientras que los apetitos groseros dominaban nuestro cuerpo, todas las pasiones de nuestra alma debían fatalmente resentirse de ello. Por tanto, si las aspiraciones más nobles de nuestra inteligencia no pueden tener un libre vuelo bajo la influencia de la cubierta terrestre que pesa sobre nosotros desde nuestro nacimiento, nuestro ser todo entero se encuentra absorbido, y á nuestro estado originario (estando íntimamente modelado sobre la constitución física del globo) es adonde debemos remontarnos para hallar el origen de nuestras necesidades, de nuestros deseos y de nuestras pasiones primitivas. En nuestro estado natural pudiera hallarse un principio original hasta de los vicios producidos por la civilización misma. Resumiendo la suma de las diversas pasiones humanas, desde el fuego dominador del amor físico hasta los hielos de la avaricia valetudinaria se podría encontrar sin trabajo su germen en las necesidades inherentes á nuestra organización terrestre.

Volvamos á la ley fundamental de nuestra existencia y de la de todos los seres que viven sobre la Tierra, á esa ley que exige que mendiguemos nuestro sustento á los despojos de otros seres, y que no podamos vivir sino á condición de destruir las plantas y de matar á los animales. ¿Se creará que esta ley es necesaria, y que está en el orden absoluto que no se pueda vivir sin víctimas? ¿Se pensará que en todos los mundos el hombre esté obligado á matar y á devorar para sostener su existencia? Semejante opinión nos parecería *esencialmente errónea*.

Por un lado, ¿fuera un fenómeno tan extraordinario

que ciertos cuerpos estuviesen constituidos de tal manera que su organismo íntimo llevase en sí las condiciones de una larga existencia?

Por otro, ¿sería una suposición tan extraña el imaginar atmósferas sustanciosas, atmósferas compuestas de elementos nutritivos que se asimilaran á cuerpos organizados de un modo en relación con el estado de estas mismas atmósferas?

Cuando uno se representa el estado de la humanidad en un mundo semejante, en donde el hombre estuviese dispensado de todas esas necesidades groseras que son inherentes á nuestra organización aquí abajo, y que oponen tantos obstáculos á los trabajos de nuestras inteligencias, cuando uno se trasporta á esos mundos afortunados en los cuales el hombre llevaría una vida más noble y más esquisita, donde las inteligencias obrarían en todo su poder de acción, en toda su libertad, y cuando se deja caer después sobre la tierra, en la que se dan los combates de la vida contra la muerte; se comprende qué alto grado de superioridad hubieran recibido esos mundos relativamente al nuestro, y cuánto más elevados sobre los hijos de la Tierra serían los seres que los habitaran.

Gracias á la organización de nuestro aparato pulmonar, nuestra sangre se renueva incesantemente y sin percibirlo; no tenemos necesidad de hacer comidas de oxígeno para mantener la identidad de la composición química de nuestra sangre, que una circulación perpétua vuelve á conducir desde las extremidades al corazón; la atmósfera es por tanto aquí mismo un elemento de nuestra subsistencia, una parte de la nutrición de nuestro sistema corporal. ¿No pudiera ser que en mundos inferiores la respiración difiera de la nuestra y haga precisa una especie de alimentación periódica? Recíprocamente, ¿no pudiera ser que en mundos superiores, esta respiración, modificada y completa, sea suficiente para alimentar el aparato humano todo entero?

« La ley de muerte, decía Epicteto, es la ley de la naturaleza material y secundaria; no sucede lo mismo en la naturaleza primordial y etérea. » Antes de Epicteto, esta concepción había sido expresada por el poeta de la *Iliada*. Celebrando la vigilante ternura de Vénus hacia su hijo Eneas, Homero había hablado en estos términos: « Un vapor etéreo corre por el seno de los dioses afortunados; no se nutren de los frutos de la tierra; ni beben vino para saciar su sed <sup>1</sup>. »

Semejantes ideas han sido con frecuencia expresadas después, aplicándolas á los seres que las religiones y las mitologías imaginaron en las moradas paradisiacas; esas ideas no representan solamente las creaciones ilusorias de la Fábula, sino un estado de cosas existente en las esferas superiores, estado en armonía con el elevado destino de los seres que nosotros contemplamos desde el fondo de nuestro crepúsculo, y en el cual creemos encontrar el tipo ideal de nuestra perfectibilidad.

Si la materialidad de nuestro mundo ha influido en la constitución física de sus habitantes, nuestras tendencias instintivas han sufrido su acción, nuestros apetitos están marcados con ese sello grosero, y los sentimientos mismos de nuestra alma encarnada no han podido librarse de él. Así pues no es solamente en nuestro aparato nutritivo donde reconocemos las muestras de la inferioridad de nuestro mundo; tampoco es solo en nuestro aparato respiratorio, sino que estando todos los órganos de nuestro cuerpo solidariamente unidos entre sí, no hay una de nuestras funciones que no esté marcada con el sello inequívoco de nuestro estado de inferioridad. Nuestro organismo, material por un lado, no podía ser etéreo por otro; la armonía subsiste hasta en las creaciones inferiores: nosotros somos indígenas y nuestro ser todo entero

1. *Iliada*, canto V, versos 341 y 342.

manifiesta en todas sus partes el carácter local de nuestra comarca <sup>1</sup>.

En los mundos en donde las benévolas disposiciones de la naturaleza han preparado un verdadero trono á la inteligencia humana, y en donde el hombre no tiene una soberanía ficticia como aquí, sino que reina en toda la extensión del dominio que corresponde al espíritu, en esos mundos las edades de la humanidad las marca una era de paz y de ventura. Las formas engañosas con que se reviste el vicio no han aparecido; ¿con qué objeto las hubiera de revestir, y para qué servirían? Los elementos de la perfidia y de la seducción no han nacido allí tampoco, porque la cizaña no crece sin germen. En esos mundos la humanidad ha llegado á su periodo de verdad, porque allí las pasiones humanas tienden al Bien.

Y, efectivamente, todo mundo en donde la humanidad ha llegado al ciclo de su virilidad debe ofrecer este carácter distintivo fundamental: que en él el pleno ejercicio de la *libertad* conduce á lo Bueno. Entre los rangos de una raza viril, la libertad desplegada en toda su plenitud debe ser una fuerza poderosa que tienda hacia la perfección; esta es la prenda de superioridad de un mundo. Allí todas las pasiones, todos los deseos, todos los apetitos del hombre tienden al tipo ideal que nosotros imaginamos como modelo y como fin para la naturaleza humana.

¡Oh cuánto falta para que nuestro mundo ofrezca semejante carácter! La libertad para nosotros es la licencia; es la saciedad de instintos perversos; es la relajación de costumbres harto corrompidas. La libertad, palabra seductora que os oculta un abismo, hombres y mujeres de la Tierra; palabra cuya realización completa, tal como apetitos secretos la desearan, pondría el colmo á nuestros males. Y, sin embargo, vosotros no lo ignorais.

1. Vide notam F in Appendice: de *Generatione*.

¿Adónde correrá nuestro pobre mundo, si soltais las riendas á su fogosidad? ¿En qué caos no se precipitará si, sin miramiento á las leyes convencionales que la sociedad se ha visto obligada á imponerse, ni á nuestra conciencia íntima, que no puede contener mas ó ménos sobre el borde del abismo, se deja arrastrar este mundo á la satisfaccion brutal de sus deseos? Con muy pocas excepciones, todos los hombres sobre la Tierra son mas ó ménos partidarios de esa filosofía personal que se ha llamado Filosofía de la sensacion. Esta filosofía, para decirlo en dos palabras, parte de este hecho: la sensacion agradable ó penosa; buscar la primera, evitar la segunda. Ella recuerda al hombre que su primer instinto es amar el placer, cualquiera que sea: placer físico, placer intelectual ó placer moral; ella le enseña que el verdadero conocimiento de la vida consiste en buscar la mayor suma posible de placeres, repartida en cierta cantidad de tiempo, esto es, la *felicidad*; y que la sabiduría mejor entendida es aquella que nos hace alcanzar este fin, aun á costa de desprendimientos pasajeros y de prudentes sacrificios. En este sistema, la felicidad personal es el fin de la vida, y el interés el único móvil de todas las acciones.

Así pues, ¿no es esta la expresion del modo de pensar de la mayoría de los hombres, y no sería la de todos. si se rompiesen los frenos que nos sugetan á una moral mas austera, si se nos convidase á usar plenamente de la libertad deseada? Y se lo preguntamos á aquellos mismos que proclaman verbalmente los dogmas de una filosofía mas elevada, esta manera de ver ¿no está en el fondo de sus pensamientos, y no es el aguijón que los impele incesantemente hácia la tan amada diosa de la Fortuna? Si todos los hombres se escuchasen, ó se pudiesen escuchar, Epicurio sería el dios de la Tierra.

Pero la filosofía de la sensacion, ó la moral del interés,

es un sistema filosófico de los mas falsos, que, como lo ha demostrado muy bien M. Cousin, confunde la libertad con el deseo, y de esa manera destruye la libertad; que no hace distincion fundamental entre lo bueno y lo malo; que no revela ni la obligacion ni el deber; que no admite el derecho y no reconoce ni el mérito ni el demérito; que puede fácilmente, — muy fácilmente, — pasar sin Dios; y que, en última consecuencia, destruye los principios superiores de la metafísica, de la estética y de la moral.

Tomad á la humanidad en globo, esta es la senda adonde se precipitaria si le abrieseis las puertas de la libertad tal como la comprende, pues interpretando á su manera ese sentimiento sublime, la ha desnaturalizado hasta ese punto. Esta es tambien la via que sigue secretamente la mayoría de los hombres (y sería á su juicio una torpeza el no seguir esta via, porque le parece preferible tomar el mundo terrestre tal como es, y amoldar á él su modo de vivir, mas bien que consumirse en vanos esfuerzos para reformarlo). ¡Y es este el mundo que se habia pretendido formar por sí solo la obra divina! ¡Y es esta la raza que se habia supuesto completa por sí misma, única abrigada bajo el ala de Dios, y destinada al gobierno del universo!

Así es que, bajo cualquier punto de vista que se considere la cuestion del hombre, se reconocen las pruebas irrecusables de la inferioridad de nuestro mundo y el indicio de una superioridad extra-terrestre; todas las enseñanzas de la filosofía y de la moral se reunen para dar de ello testimonio. ¿Se emitirá ahora la idea de que nuestra raza se eleva y se perfecciona sin cesar, y que vendrá un dia en que el hombre, llegado al apogeo de su grandeza, pasará en paz dias de felicidad y colmados de gloria? Empero, aun imaginando que toda la perfectibilidad de que es susceptible nuestra raza se realizara algun dia; sosteniendo que con la ayuda de la ciencia y

de la industria llegase el hombre á dominar completamente la materia, á hacer por medio de máquinas todo el trabajo físico que se vé todavía obligado á ejecutar actualmente con sus propias manos, y á establecer, en cuanto nos es posible, el reinado del espíritu sobre la Tierra; viendo mas allá de un porvenir lejano una era de gloria tan superior á la presente cuanto esta es superior al estado salvaje; aun así no habríamos podido cambiar las condiciones fundamentales de la existencia de nuestra especie, condiciones íntimamente ligadas á nuestra morada terrestre, y no hubiéramos podido lograr que esta terrestre morada dejase de llevar constantemente en sí misma el sello indeleble de su inferioridad.

Otros optimistas, ménos entendidos, sentarán quizá que la creación terrestre no está terminada, por el solo hecho de la presencia de una raza intelectual, y que, un día ú otro, el poder creador que hizo germinar al primer hombre en la cuna de la humanidad podrá dar vida á una nueva raza de seres superiores, á un nuevo orden de seres inteligentes tan elevados sobre nosotros como nosotros lo estamos sobre el mono, que vendrá á tomar posesion de la Tierra y á dominar á los seres que hoy la habitan, — lo que, entre paréntesis, fuera muy poco de desear para nosotros. — Estas nuevas criaturas pudieran no estar sometidas á las condiciones que nos ligan á la materia; su organizacion mas etérea ofreceria algunas analogías con la de los habitantes de esos mundos superiores de que hemos hablado, y desde su llegada aquí abajo, dominarian por su naturaleza á todos los seres sugetos á las vicisitudes de los elementos materiales. La esencia y la naturaleza de sus facultades morales serian tan inaccesibles á nuestra comprension como la luz lo es á la del ciego, el sonido á la del sordo. Á pesar de que de esta opinion hayan participado algunos escritores respetables, parece ser del todo gratuita; pues por una parte,

nuestro género humano demuestra tomar posesion de la Tierra como soberano, y por otra, si surgiese algun día un nuevo grado en la gerarquia de los seres terrestres, ese grado se manifestaria inmediatamente en nosotros, porque la Naturaleza no dá saltos de una á otra creacion; no hay lagunas en la gradacion natural de los seres. Luego esta segunda raza de hombres sufriria tambien forzosamente las condiciones de habitabilidad del globo; formaria parte de la zoologia de la Tierra, como las precedentes; su organismo estaria ligado como los demás al organismo fundamental de la animalidad; y aunque se imaginase una série de nuevas razas humanas cada vez mas superiores, la última y la mas perfecta sería todavía una raza terrestre, y nada podria hacer que la Tierra no fuese siempre la Tierra.

Eliminando, pues, esta suposicion novelesca de una nueva raza, quedamos con la nuestra, reducida á su verdadero carácter. Pues bien, no solamente no llegaremos nunca á ese ideal de paz y de dichosa] tranquilidad que gustamos contemplar en nuestros ensueños, sino que, si las condiciones de tal existencia se nos ofrecieran, el mejor partido para nosotros fuera rehusarlas, dado que semejante cambio no nos sería ventajoso. Preciso es que la ley del trabajo esté en vigor sobre la Tierra; sin ella, la inactividad del ocio, léjos de favorecer nuestro desarrollo, nos haria decaer y precipitarnos en la perdicion. Las almas superiores, que viven de la vida intelectual, son las únicas que pueden sin peligro abstenerse de los trabajos corporales; en cuanto á nosotros, hombres de la Tierra, sabemos, por la triste experiencia de los que habitan nuestros climas mas afortunados, que el trabajo es la condicion de nuestro desarrollo y de nuestra prosperidad; y que, si las fuerzas de nuestra alma no se viesen físicamente obligadas á estar sin cesar en accion, se entorpecerian y permanecerian estériles.

La idea fundamental que debe resultar de las consi-

deraciones anteriores sobre el orden moral de las razas del espacio, habrá pues de representarnos, en el conjunto de los mundos, una gradacion de criaturas inteligentes superiores á nosotros, é igualmente una gradacion de seres orgánicos, tambien superiores á nosotros. Asi como aquí abajo, en nuestra modesta morada, todos los seres están afectados en su constitucion íntima de una *tendencia natural hácia la luz*, desde las plantas que nacen en el fondo de las cavidades de las rocas, hasta el niño en la cuna, que se vuelve hácia la claridad, igualmente, en toda la creacion, los seres están en ascension hácia un destino superior. En la universalidad de los mundos las razas no se estacionan en el mismo grado de elevacion; ascienden, establecen una diversidad infinita en los cielos, y todas tienen su puesto marcado en la unidad del plan divino que el Eterno se propuso al principio del mundo.

Vamos á completar las anteriores reflexiones, con una ojeada sobre la naturaleza de las ideas que los habitantes de los otros mundos pueden y deben tener, con relacion á las tres cuestiones fundamentales de la filosofia: *lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno*; y aprenderemos al mismo tiempo por medio de este estudio, en cuanto es posible, á apreciar estas cuestiones en su valor absoluto.

Si la forma que revisten transitoriamente las inteligencias encarnadas en cada uno de los mundos puede variar segun el estado natural de esos mundos, no sucede lo mismo con el sentido moral íntimo, que dá á cada conciencia humana su carácter de criatura responsable. El revestimiento exterior de los seres y el aspecto fisico del universo, están sometidos á las fuerzas de la materia, fuerzas que nada tienen de absoluto, que solo tienen una existencia contingente, y que sufren en su accion todas las vicisitudes á que está sometida la materia misma. La

unidad fisica del mundo puede existir en medio de las transformaciones perpétuas de los cuerpos, y la variacion incesante de los elementos materiales no impide al Cosmos formar un conjunto á la vez único y sucesivo. Pero para que la unidad moral de la creacion subsista, es preciso que todas las inteligencias estén unidas á la Inteligencia suprema por lazos indisolubles.

Así pues, nosotros podemos llegar á conocer que esos lazos están formados por los principios fundamentales de la estética, de la metafísica y de la moral, y que todas las almas humanas del espacio deben tener sobre estos principios nociones mas ó ménos claras ó mas ó ménos confusas, segun el grado de adelanto de estas almas y de los mundos que habitan. Para esto, examinaremos en sí mismas las ideas de lo Bello, de lo Verdadero y de lo Bueno que existen en nosotros, y trataremos de distinguir lo bello fisico de lo bello ideal, y de comprender á este en su realidad.

Empecemos por notar desde luego que, si la idea de lo bello es la mas *relativa* entre las ideas fundamentales de que hablamos, porque se enlaza en ciertos puntos con la apariencia de los seres, que nada tiene de absoluto, podremos hallar en nosotros, sin embargo, algunos principios irreducibles que forman el fondo de nuestras concepciones, y que ofrecen los caracteres de lo absoluto y de lo universal. Veamos primeramente como es relativa la idea de lo bello, en cuanto se refiere á los objetos exteriores.

Tomemos, como anteriormente, á la naturaleza terrestre por ejemplo y por base de nuestros argumentos. Una excursion etnológica de algunos instantes bastará para enseñarnos qué diferencia separa las diversas apreciaciones de lo bello en cada pueblo del mundo, y para sentar que estas apreciaciones constituyen una

relatividad y no un absoluto. Tenemos delante de la vista el tipo de la belleza griega, la circasiana en el esplendor de su gracia y de su perfección, sea la Vénus calípiga<sup>1</sup>; pongamos en frente el tipo de la belleza china, esa mujer de pesada gordura, de piés ridículamente contrahechos; agreguemos á este grupo la Vénus hotentota, que todos han podido ver en París, esa criatura horrible y repugnante de la que apartamos la vista con disgusto, y juzguemos del intervalo enorme que separa la apreciación de la belleza en las tres razas, blanca, mongólica y africana. Lo mismo sucede en todos los detalles del gusto. Los jecques de las tribus de América consideran bonito el tatuarse<sup>2</sup> la piel, cubrirse de plumas y de conchas, colgarse anillos en las narices, cortarse la extremidad de las orejas, etc. Los habitantes de Taiti se aplastan la nariz y se tiñen de rojo los cabellos. Para que una jóven sea presentable entre los Botocas de América, es preciso que se dé un aspecto repugnante, rompiéndose los dientes de la mandíbula superior. Todavía sucede mas entre los negros que habitan hácia las fuentes del Nilo: toda mujer para ser hermosa debe tener tal obesidad, que no pueda andar sino á gatas. Muchos indígenas de la India prolongan su boca en forma de pico, y se introducen clavos de madera en el labio

1. Del griego Καλλιπύγη, que tiene bellas nalgas; epíteto de Vénus.  
(N. del T.)

2. Verbo formado por la reduplicación de la palabra polinesia *ta*, herir, golpear. El tatuaje consiste en los signos ó figuras indelebiles hechas pinchando el cuerpo ó introduciendo algun pigmento ó materia colorante; es practicado por varias razas bárbaras tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, y tambien en las naciones civilizadas por marineros, soldados y presidiarios.

El tatuaje ó sea la costumbre de pintarse el rostro de colores, lo empleaban tambien los antiguos astures. Depping, en su *Historia general de España*, t. I, pág. 138 dice lo siguiente, hablando de dichos astures: «No eran inferiores en valor á los demás españoles, y presentaban la misma intrepidez en los combates. Para darse un aire feroz y terrible, se pintaban el rostro con vermellon y ocre, y se dejaban crecer la barba y los cabellos, haciéndolos atar algunas veces encima la cabeza para causar espanto.

(N. del T.)

inferior. Los Ceilaneses vuelven sus dientes negros mascando betel, los dientes blancos les inspiran disgusto; lo mismo sucede á los Javaneses, que no quieren tener los dientes blancos como los de los perros, etc., etc. La lista seria larga, si quisiéramos pasar revista á todos los caprichos del gusto, que, segun los pueblos y segun los tiempos, han constituido sucesivamente la moda de la beldad del día.

Acabamos de pronunciar una palabra que caracteriza suficientemente el valor caprichoso de ciertas apreciaciones sobre lo bello. En efecto, nada es tan inestable como *la moda*, y nada está sometido á tantas eventualidades, á tantas variaciones. Y si se creyese ver, en los ejemplos que anteceden, el indicio de gustos iniciales, no formados todavía, y que no pueden tomarse como verdaderos juicios, porque corresponden á pueblos ménos adelantados que nosotros, presentaremos aquí nuestras propias apreciaciones que constituyen la moda de cada año, y preguntaremos si es posible imaginar alguna cosa mas incierta, mas variable que esta moda. Es el caso de decir con Pascal: verdad aquende los Pirineos, error allende. Aquello de que toda la nacion era entusiasta hace diez años se encuentra hoy ridiculo y volverá algun día á la escena á gozar de su primitiva nombradía. Lo que los alemanes admiran pasa por detestable por la parte acá del Rhin. Y la forma, el color y el carácter, todo cambia de una latitud á otra.

Sin duda no hay que tomar como ejemplo de lo bello lo que se nos ofrece por las razas inferiores y primitivas; y ménos deberemos todavía busear con Juan Jacobo la idea natural de lo bello en el estado salvaje; habremos de reconocer, al contrario, que este género de apreciaciones son tanto mas exactas, mas verdaderas, cuanto mas adelantados están los pueblos en la cultura de las cosas del espíritu, y que nuestro bello es realmente mas digno

de este nombre que el de las groseras tribus africanas. Pero precisamente es esta gradacion la que pone en evidencia la relatividad de este bello convencional, puesto que es siempre susceptible de un perfeccionamiento, y que se perfecciona efectivamente, á medida que nuestro ideal está mas depurado; y debemos admitir tanto mejor esta relatividad, cuanto que sería poco lógico detenernos en nuestra belleza como representando el tipo superior y el límite de la belleza física, y que debemos concebir entre los órdenes superiores al nuestro otras imágenes de belleza mas elevadas que la nuestra.

En seguida demostraremos que todos nuestros juicios sobre lo bello no pueden acercarse á la verdad sino en cuanto nos acercamos nosotros mismos á la noeion de lo bello ideal absoluto, y que la belleza física no tiene mas caracteres absolutos que los que puede tomar de la belleza espiritual. Expresemos ante todo por un ejemplo en relacion directa con nuestro asunto, cómo esa belleza física es esencialmente relativa.

El arte cuyo objeto nos está mas íntimamente ligado, es el de la estatuaria, que tiene por fin la representacion de nuestro propio sér. Tomemos pues á este arte como ejemplo, y mejor todavía, elijamos sus obras maestras. Véase, á un lado el Apolo de Belvedere, enfrente de la Vénus de Médicis: dos composiciones consideradas con muy justo título como los tipos de lo bello en el arte. Contemplemos estas dos estátuas humanas. En la primera resplandece la juventud inmortal de un dios; esa frente es el asiento del pensamiento; esa actitud está llena de majestad y de grandeza; ese cuerpo está animado de un espíritu celeste que circula dulcemente por él. Ese dios tiene la tranquila conviccion de su poder; su flecha mortal ha herido á la serpiente Piton: penetrado del placer de su victoria, su mirada augusta parece haberla olvidado ya, y perderse á lo léjos en el infinito. Pero, ¡qué admi-

rable es esta Vénus; aun junto al hermoso cuerpo de Apolo! ¡Qué gracia en su semblante, qué armonía, qué suavidad en sus ondulados contornos! Un reflejo divino la ilumina; parece que, como en tiempo de Pigmalion, las rosas van á colorear sus carnes, la sonrisa á brotar en esos labios, y el estremecimiento de la vida á correr bajo esas formas encantadoras.

Entre todas las obras del arte, las dos que acabamos de examinar son las que nos parecen ofrecer en el mas alto grado los caracteres de la belleza absoluta. Un juicio imparcial, sin embargo, nos ilustrará mejor sobre este género de belleza, y nos enseñará que, como toda belleza física, esta es puramente relativa.

Ella representa el tipo de la belleza sobre la Tierra; estamos conformes; pero todo lo que es absoluto es por lo mismo inmutable y universal. Avancemos un poco mas, y examinemos si este Apolo y esta Vénus podrian vivir en otros mundos. Sabemos desde hace mucho tiempo que nuestro modo de existencia está íntimamente ligado á nuestra morada, y que no pudiera ser trasplantado á otras regiones del espacio sin sufrir enormes modificaciones orgánicas. Si á esos dos séres encantadores para el clima templado de Atenas ó de Roma sería tan penoso vivir bajo el ardiente sol del África central ó sobre los hielos de la Siberia, y perderian en estas regiones toda su gracia y toda su hermosura, ¿cuán incapaces serian, con mayor motivo, de soportar las condiciones extrañas que habrian de sufrir, transportados á otras residencias? Hechos para vivir sobre la Tierra, su organizacion física está establecida en relacion con el estado de nuestro mundo; y esto es precisamente lo que constituye su belleza; pero ¿qué sería de ellos en el calor tórrido de Mercurio, que los abrumaria instantáneamente, y en el frio de Urano, que helaria la sangre en sus venas? ¿Cómo obraria el mecanismo de sus pulmones en una

atmósfera cien veces mas densa que la nuestra ó en un centro cien veces mas enrarecido? Luego, alterados los pulmones, nuestra caja torácica varía, y con ella la forma de nuestro cuerpo. ¿Para qué servirían sus dientes, su aparato de nutrición y todos los órganos que sirven para nuestra alimentacion diaria, allí donde se fuese puramente herbívoro ó solamente carnívoro, donde no se fuese ni lo uno ni lo otro, y en donde las funciones vitales no ofrecieran ningun carácter comun con las nuestras? Así es que, variado el aparato digestivo, el resto de nuestro cuerpo cambia á un mismo tiempo. Nuestros ojos están construidos para distinguir los objetos cercanos, con los cuales estamos en relacion perpetua: ¿para qué servirían esos ojos donde nuestro trabajo no se ejerciera sobre esta clase de objetos, donde hubiéramos de viajar por las llanuras aéreas ó bajo las olas de un océano? Iguales cuestiones pueden dirigirse con relacion á todos los órganos que constituyen nuestro cuerpo. ¿Qué se respondería si suscitásemos además el enigma de los *sentidos*, que ponen á nuestra alma en relacion con el mundo exterior? Aquí, tenemos *cinco* sentidos que bastan á nuestras necesidades de percepción, y que, completándose unos con otros, forman la unidad de nuestra sensacion. Otros seres no tienen sino cuatro sentidos, otros no tienen mas que tres, dos, ó están totalmente desprovistos de ellos; estos seres no carecen sin embargo de un sistema de sensacion completo por sí mismo, pero muy inferior al nuestro, pues solo les puede proporeionar una parte de las percepciones que nos son accesibles. Pero es posible que un *sexto sentido*, del cual no nos podemos formar la menor idea, dé á otros seres una nueva superioridad sobre nosotros, un sexto sentido que los pondria en comunicacion íntima con ciertas propiedades de la naturaleza que nos son desconocidas. Tanto en lo fisico como en lo moral, no tenemos pues, razon alguna para

creer que la gradacion termine en nosotros: todo nos invita á pensar lo contrario. Cuantas contestaciones podemos dar á las cuestiones que tienen por objeto nuestra naturaleza fisica, establecen unánimemente que la belleza de la Tierra no es la belleza de los otros mundos. En cada uno de ellos hay un Apolo y una Venus típicos; pero la belleza de esos seres no la comprenderíamos nosotros, como ellos no comprenderían la nuestra.

La belleza fisica es pues esencialmente relativa. Esto no quiere decir que no exista; hay un abismo entre no existir y existir relativamente; pero esto prueba que no debemos detenernos ante esta belleza como ante lo absoluto, pues se puede siempre suponer alguna belleza mas perfecta: entre ella y la belleza absoluta hay la misma diferencia que entre lo finito y lo infinito.

La belleza absoluta es la belleza espiritual, la belleza intelectual, la belleza moral; como quiera que se la llame, está en el fondo de nuestras conciencias como principio de la Idea de lo bello, como el ideal á que se aproximan mas ó ménos las bellezas finitas que perciben nuestros sentidos. Este ideal es la medida y la regla de todos nuestros juicios sobre las bellezas particulares; y si establecemos grados en esas diversas bellezas, es porque les comparamos aun inadvertidamente, las bellezas de que esa misma comparacion nos hace jueces.

Este principio irreducible existe en nosotros con su carácter absoluto, y nada puede impedir que exista. Mas ó ménos velado por nuestra inferioridad, mas ó ménos visible bajo nuestra educacion moral, juzga, aun cuando nosotros quisiéramos imponerle silencio, y juzga no solamente del valor de nuestras ideas, sino tambien del valor de las de todos los hombres. Y cuando un hecho moral, sometido á nuestro juicio íntimo, ha sido declarado bello en sí mismo, lo tenemos por bello, aun cuando otros hombres afirmasen que le son indiferentes.

Tomaremos un ejemplo en los hechos del orden moral como hemos tomado uno en las obras del orden físico.

Durante un episodio de la vergonzosa guerra que la Rusia hace actualmente á la desgraciada Polonia, se ha verificado un hecho que demuestra un valor sobre humano. Las hordas rusas habian puesto á sangre y fuego algunas pobres aldeas en los alrededores de Varsovia; los habitantes que el acero del soldado habia podido alcanzar habian sido destrozados, las mujeres arrancadas de sus casas y entregadas á innobles ultrajes, los niños pequeños abandonados espirantes entre las nieves. Lo restante del pueblo que habia podido librarse, habia huido, los cosacos los persiguieron. Estos llegaron á poco tiempo á un rio, al otro lado del cual percibieron á los polacos que seguian huyendo; pero no conociendo el vado por donde se pudiera atravesar, buscaron en los campos algun aldeano trabajando las tierras. Intimaron al primero que se encontró les indicase el vado, so pena de morir sin remedio. Este les aseguró que no era del país y no conocia el rio. Ellos emplearon las amenazas, y unieron la accion á la palabra; insistió el polaco en su afirmacion. Entonces, por último, bajo pena de muerte inmediatamente, le mandaron buscar el vado é indicárselo. El polaco se echó á nado y buscó el vado. Rendido de cansancio, encontró al fin el lugar por donde se podia atravesar el rio haciendo pié. Entonces fingió grandes esfuerzos, como si el agua estuviese allí mas honda, se hundió poco á poco debajo de la superficie, y se ahogó para salvar á sus hermanos.

Véase aquí una accion que declaramos bella en si misma. Este juicio absoluto, lo formamos en virtud del principio que reside en nosotros; y si alguno nos dice que esta accion no le commueve, tendremos su palabra por mentirosa ó por trastornado su sentido moral. Si raciocinamos de este modo, es porque esta accion ofrece

un género de belleza que se enlaza á nuestro ideal de belleza absoluta. Raciocinamos de igual manera para todos los géneros de belleza que tocan á la belleza intelectual, bien sea Vicente de Paul socorriendo á los niños, ó Régulo, colmado de honores en Roma y volviendo para morir en Cartago; bien sea, la última palabra de Sócrates bebiendo la circuta ó la del divino Cristo en la cruz; bien sea Newton pesando los mundos ó Platon contemplando á Vénus Urania.

La belleza física, la belleza sensible es por tanto relativa, mientras que la belleza ideal es absoluta; esta es el fundamento, el principio de la otra. Todas las bellezas que constituyen lo bello exterior no nos satisfacen; no nos son mas que el indicio de una belleza superior que es la belleza ideal. Y este ideal es tanto mas aparente en el fondo de nuestra alma, se muestra tanto mas depurado, tanto mas completo, cuanto mas elevados estamos en la esfera de la inteligencia; parece levantarse y retroceder á medida que nosotros mismos nos elevamos: participa de lo infinito, porque no tiene su término sino en Dios mismo, principio de los principios.

Todas las almas humanas creadas, habiten la Tierra ú otras mansiones, están unidas por estos mismos principios irreducibles de belleza ideal; porque estos principios poseen los caracteres de lo absoluto y de lo universal. Si lo bello en los objetos difiere segun los mundos, no sucede lo mismo con lo bello en el espíritu del hombre; este es una nocion necesariamente universal. Constituye, segun veremos, juntamente con los principios de lo verdadero y de lo bueno absolutos, el lazo moral que une á la Inteligencia primordial todas las inteligencias creadas. En todas las tierras habitadas del espacio, así como en la nuestra, las almas humanas pueden decir con Plato <sup>1</sup> estas inspiradas palabras:

1. *El Banquete*, discurso de Diotimo.

« Belleza eterna, no engendrada é imperecedera, tan exenta de decadencia como de acrecentamiento, que no es bella en una parte y fea en otra; bella solamente en tal tiempo, en tal lugar, en tal relacion; bella para estos, fea para los otros; belleza que no tiene forma sensible, ni una cara, ni manos, ni nada corporal; que no es tampoco tal pensamiento ó tal ciencia particular, que no reside en nungun sér que difiera de sí mismo, como un animal, ó la tierra, ó el cielo, que es absolutamente idéntica é invariable por sí misma, de la cual participan todas las demás bellezas, de modo sin embargo que el nacimiento ó la destruccion de estas no le ocasionan ni disminucion ni aumento, ni el mas leve cambio! Para llegar á tí, beldad perfecta, es preciso empezar por las beldades de aquí abajo, y con los ojos fijos en tu suprema belleza, elevarse sin cesar, pasando, por decirlo así, por todos los grados de la escala, hasta que de conocimiento en conocimiento, se llegue al conocimiento por excelencia, que no tiene mas objeto que lo bello mismo, y que se acaba por conocerlo tal cual es en sí... ¡Cuál no sería el destino de un mortal á quien fuese dado contemplar lo bello sin mezcla, en su pureza y en su sencillez, no ya revestido de carnes y de colores humanos, y de todos esos vanos adornos condenados á perecer; á quien fuese concedido, ver cara á cara, bajo su forma única la belleza divina! »

Si hay en lo bello principios absolutos que forman el fondo y el tipo espiritual de la belleza, del mismo modo y con mayor razon deberemos encontrar esos mismos principios absolutos en la idrea de lo *verdadero* y de lo *bueno*; porque aquí ya no hay nada de material, todo es esencialmente moral y corresponde al reino del espíritu. Lo que es verdadero es verdadero, lo que es bueno es bueno, en todo el valor absoluto de la palabra; y si la

historia de los pueblos parece manifestar en los unos verdades no reconocidas en los otros, é infirmar de este modo el principio de las verdades absolutas, este hecho debe servir únicamente para ilustrarnos sobre la existencia de esas verdades, para enseñarnos á distinguirlas de ciertas ideas relativas, y á no tomar inconsideradamente como absoluto lo que no ofrece sus caracteres indestructibles.

Las verdades universales ofrecen este carácter distintivo, y es que existen necesariamente, independientemente de nosotros, y que no pueden sufrir alteracion por parte alguna. Son axiomáticas é imperecederas. Nuestra razon las percibe, mas no las aumenta; las encuentra, pero no las forma; y si todos los hombres no pueden apreciar su valor en un mismo grado, porque todos los hombres no están igualmente elevados en el orden moral é intelectual, por lo ménos su nocion es accesible á toda conciencia humana, porque esta nocion debe ser la regla de nuestra conducta interior.

Estos principios universales están al frente de todas las ciencias, y sin su autoridad indiscutible, ninguna ciencia pudiera establecerse. Á la cabeza de las matemáticas tenemos nuestros axiomas, nuestras definiciones primeras, que forman la base original de nuestra ciencia, fuera de la cual no podemos elevarnos, porque en ella subsiste la confirmacion inalterable de nuestros teoremas. En todos los países del mundo  $2 + 2$  son  $4$ , el cuadrado de  $4$  es  $16$ , y  $8$  es la raíz cuadrada de  $64$ . Los radios del círculo son iguales en cualquier lugar que sea; así como la esfera tiene en todas partes por medida  $\frac{4}{3} \pi R^3$ . Nada puede hacer que en un triángulo rectángulo la suma de los dos ángulos agudos no sea igual á la hipotenusa multiplicada por el seno del ángulo opuesto. Etcétera.

Á la cabeza de la lógica, esa matemática del raciocinio, tenemos nuestros principios absolutos, á los cuales referimos los diversos puntos de nuestro discurso; prin-